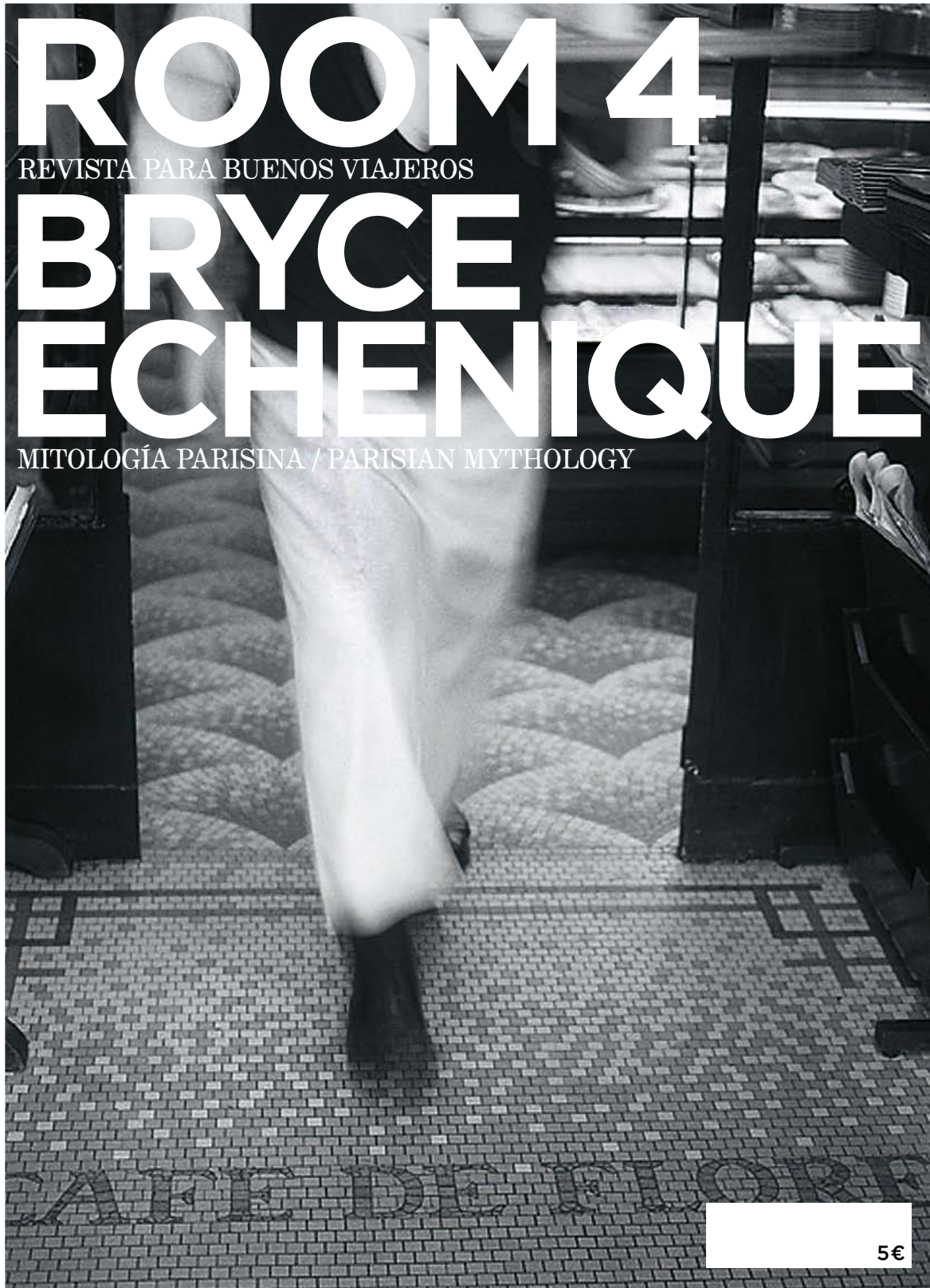


# ROOM 4

REVISTA PARA BUENOS VIAJEROS

# BRYCE ECHENIQUE

MITOLOGÍA PARISINA / PARISIAN MYTHOLOGY



5€

# Pequeña mitología parisina

una crónica de **AN ESSAY BY** Alfredo Bryce Echenique  
fotografía *photography* JEAN MARIE DEL MORAL





Volver a una ciudad en la que uno pasó muchos años es, invariablemente, una concesión a la más gastronómica melancolía. El escritor peruano regresa al París donde vivió entre 1969 y 1984, y muy a su manera —divertido, nostálgico, cariñoso, todo al mismo tiempo—, recorre los restaurantes, bares, cafés, hoteles y terrazas que guiaron sus pasos en esos años entre la escritura de *Un mundo para Julius* y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*. Citando a su amigo Enrique Vila-Matas, París, con Bryce Echenique, no se acaba nunca

#### Era el quinto de una serie de viajes a Francia

y esta vez le propuse a Anita, mi esposa, poner en práctica aquello de la relatividad de las cosas de esta vida, muy a nuestra manera. El asunto consistiría nada menos que en empezar por el hotel más caro, en nuestra visita a París, e ir bajando en doce días hasta el más barato de cuantos conocí en los quince años que allá viví. Y, a guisa de complemento, el asunto se combinaría, al revés, empezando por comer cada noche en un restaurante de muy distinto nivel, desde un muy modesto cuscús argelino en algún antro del Barrio Latino, y terminando, cómo no, nada menos que en Le Grand Véfour, cuyos comensales incluyen entre miles de otros al gran Victor Hugo, hace siglo y medio, y al inmenso Orson Welles, más recientemente.

Por cierto, algunas reservas las tuve que hacer con meses de anticipación, pero realmente valió la pena tomar tantas precauciones. Y la recompensa no fue sólo la altísima calidad de unos condumios firmados por los más grandes chefs, tanto en el histórico Le Grand Véfour como en el inimitable Lapérouse, con vistas sobre el Sena y la vecindad del puente del Alma, sino por el espectáculo que es asistir al encendido de un cigarro puro —para un cliente que lo pide—, por un experto en la materia. Entre la prestidigitación y el malabarismo, yo realmente no sabía cuál elegir, a la hora de nombrar este *one man show* humeante que, tras dejar perfectamente bien encendido un inmenso habano, se lo entrega a su propietario y arranca con el próximo cliente. Y todo esto nos ocurrió, tanto en Le Grand Véfour como en Lapérouse, y quienes realizaron el encargo fueron, también en ambos casos, seis señores sin señoras, que jamás utilizaron

la palabra *dinero*, pero en cuya conversación, banal recuento de viajes de placer que uno de aquellos señores les contaba a los otros, y así sucesivamente, creo haber visto pasar antes mis ojos —o en todo caso ante mis oídos— todo el oro de Francia. Y tal vez sea éste el momento preciso para señalar que, tanto en Lapérouse como en Le Grand Véfour, Anita y yo éramos los únicos extranjeros, tal y como si el acceso a estos templos de la gran burguesía *bon vivante* de París, y de toda Francia, les estuviera vedado a los turistas. ¿Era yo una excepción, debida a los veinte años que viví en Francia, entre París y Montpellier? No necesito ayuda para responder yo mismo a esta pregunta: “Si nos hablara usted de veinte generaciones, señor, entonces sí, tal vez, pero...”.

Lo de los restaurantes se cumplió al pie de la letra, finalmente, pero en lo de los hoteles tuvimos que dejarlo a las cartas, porque al menos cinco eran el mejor hotel de París y, con absoluta certeza, tres, de entre unos diez realmente pésimos, merecían llevarse la palma en aquello de ser el hotel más pobretón de La Ciudad Luz.

Los naipes nos llevaron a empezar por el Hotel des Grandes Écoles, un viejo y barato local del Barrio Latino, cerca de la placita de la Contrescarpe, a cuyos cuatro costados viví, también por cosas del azar, durante los quince años parisinos de mi vida. Por allí también vivieron Descartes y Hemingway, que tan malos vecinos habrían sido, de haber sido contemporáneos, por supuesto. Y, no nos podemos quejar, el hotel de mis años *heroicos* se portó muy bien, en lo que a relación calidad y precio se refiere. Digamos, pues, que esta vez aquel primer hotel en





que nos alojamos se portó muy baratamente bien, y punto. Y de la misma manera en que el segundo hotel en que nos alojamos, esta vez sí sumamente elegante, aunque nada bien ubicado —13 rue des Beaux-Arts— dentro del mapa sentimental del París de mis años mozos y de mis recuerdos más entrañables, se portó muy encarecidamente bien, y punto, también. Curiosamente, este hotel tan elegante y original —no tiene una sola habitación, un solo mueble, una sola cortina que se parezca a otra, un ápice— lleva por nombre nada menos que la palabra Hotel, así, a secas, con tan sólo la hache mayúscula y el artículo que lo deja convertido en hotel LHotel. En él languideció, agonizó y murió Oscar Wilde, paría del destino, hombre, poeta y dramaturgo caído en absoluta desgracia tras haber sido el niño mimado del *todo* Londres de su tiempo, que era bastante más Londres que el de hoy, créanme ustedes. Y, al revés, en una época en que LHotel era muchísimo menos de lo que es hoy. En cambio, algo o mucho tendría que haber mejorado ya el hotel LHotel en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, cuando Borges se alojaba allí con su madre, cada vez que llegaba a París.

Nuestro hotel más barato de París, una ciudad en la que hay de todo para todos los presupuestos, incluso los largamente deficitarios, fue, por azarosa decisión de las cartas, uno que se encuentra perdido al fondo de la vetusta galería Jouffroy, donde se ejercen oficios que el viento ya se llevó, como el planchado de blanquísimas sábanas millonariamente bordadas con planchas anteriores al mismo carbón, planchas de metal recalentado y con su asita, y punto, en un mundo de grandes cristales suciones, gordas sin edad, brocantería y organdí. En fin, un tiempo ido que contrasta absolutamente con un vecindario en el que se encuentra la Bolsa de Valores de París. Respondía nuestro hotel nada menos que al nombre de Chopin y en él pudieron vivir Colette o Edith Piaf, en sus años más duros, y el aspecto de descosido edredón decimonónico que, digamos, se asoma por sus oscuras ventanas, nos hizo alojarnos ahí pagando un precio de saldo por una habitación sin duda lúgubre y por un baño que amenazaba con ser aún peor. En todo caso, era lo que prometían aquella vetusta fachada y aquel titubeante y anémico letrero de un muy sospechoso color violeta. Pero quién lo hubiese soñado: un baño absolutamente moderno, e impecable, que remataba ya la gran sorpresa de una habitación realmente de primera, terminó por corroer hasta los cimientos todas nuestras certidumbres acerca de los hoteles de París. Pero sin duda lo mejor de aquel viaje a París fue mi

retorno, al cabo de años, al Bar Hemingway, aquel al que llegara a brindar y festejar Hemingway con doce tipos duros y sucios y sin nacionalidad muy precisa, por una liberación de París a la que él y su gente aventurera habían llegado antes que las mismas tropas aliadas, aunque otro gran mítomano, también escritor y aventurero, André Malraux, clamara hasta el día de su muerte que él había llegado antes que ese gringo metiche, y nada menos que con veinticuatro hombres sucios a sus órdenes, y además todos muy franceses y muy heroicos, faltaría más. En fin, que sólo para empezar, pues, diremos que aquel día histórico y de sucio aspecto se consumieron por lo menos tres docenas de martinis dobles y muy secos en un bar al que, en aquel momento, a nadie se le habría pasado por la cabeza que algún día llevaría el nombre de uno de los sucios soldados aficionados que empinaban el codo en la barra. Porque los hombres duros no bailan, se retiran fumando, y beben sus copazos de pie.

Frecuenté el Bar Hemingway, noche tras noche, treinta años atrás, cuando aún era un joven profesor de literatura. En la Universidad de París transcurrieron miles de horas de mi aventura con una muchacha de dieciocho años —o sea, menor de edad, por entonces, en Francia— y que había empezado a la salida de mis clases en la Facultad de Letras. Yo solía irme entonces a nadar en la piscina del campus, y esta muchacha, llamada Sylvie y de apellidos compuestos, interminablemente largos, y precedidos siempre por la preposición *de*, me seguía y me conversaba y, luego, al salir del agua, me proponía llevarme en su auto a mi departamento del Barrio Latino, lo cual, la verdad, entonces era algo de agradecer, ya que de lo contrario tenía yo que tomar el sucio tren que llevaba de Nanterre hasta la estación de Saint Lazare, pasar de ahí al metro y efectuar aún varios cambios más hasta llegar a la estación de metro más cercana a mi departamento, en la horrible plaza Monge.

Ahí cenábamos y después nos íbamos en su auto a tomar martinis en el Bar Hemingway, hasta bien entrada la noche. Y ya de madrugada, a empinar el codo también en otros tres míticos bares parisinos: el Harry's, donde se inventó el Bloody Mary Budas actual; el Calavados, y el Rosebud, de la rue Delambre, en el corazón del barrio de Montparnasse, plagado hasta hoy por generaciones de norteamericanos de todo tipo y color, atraídos por el barrio y por el nombre multívoco y provocador del lugar.

Y “la del alba sería” cuando acompañaba a Sylvie hasta una mansión del bosque de Boulogne, y a mi departamento regresaba luego en un taxi, a tiempo



para prepararme un buen jugo de naranja, unos huevos batidos y un café triple que me permitía aún preparar mis clases para esa tarde, antes de tumbarme a dormir. Fueron años, varios años, en los que no recuerdo haber dormido nunca más de tres o cuatro horas al día. “Como Sartre”, me decían los colegas franceses, célebre por sus mil cafés al día en el Café de Flore o en el Les Deux Magots y sus tan sólo cuatro horas de sueño por noche.

Pero una madrugada de ésas me detuvieron, me prohibieron salir con la muchacha de los mil apellidos compuestos y larguísimos, mas no hicimos caso alguno, y un día en que regresaba del teatro a mi casa la policía me metió en un vehículo herméticamente cerrado, y lo último que recuerdo es un feroz golpe en la cabeza con un botellón de vino tinto y haber aparecido treinta y tantos días más tarde en un lejanísimo hospital de un suburbio parisino. Entretanto, ella se había casado con un conde italiano.

Pues nunca fuimos más felices, porque el conde era cazador y su familia había pactado con la de Sylvie que los fines de semana los pasaría ella en París, para que el condecito aquel —que medía la friolera de dos metros y siete centímetros, sin duda alguna para que se le disfrutara desde muy lejos, pues era un verdadero adonis— cazara a su antojo en Kenia o en Etiopía. O sea que cada viernes al atardecer mi pobre departamento de la rue Amyot se llenaba de flores y la fiesta arrancaba y seguía imparable hasta la madrugada del lunes, en que al fin lograba yo dormir unas horas y pegarme luego un reparador duchazo en los baños públicos del barrio, ya que, aunque allí hubiera vivido antes que yo un matrimonio con tres niños que nacieron y crecieron incluso ahí, y aunque él fuera nada menos que vocal de la Corte Suprema de Justicia de Francia, aquel departamento, idealmente ubicado en la más tranquila y luminosa calle del Barrio Latino, no tenía ducha ni bañera alguna. En realidad, fui yo quien, ante el temor de contagiarme de hongos en unos baños públicos no siempre del todo garantizados o, lo que es lo mismo, desinfectados, logré crear una ducha portátil aprovechando la única toma de agua del departamento —la de la cocina— y haciendo uso para ello de una manguerita metálica, una palangana de plástico que se rebalsaba al menor descuido, una cortina de hule y un complejo sistema de poleas para bajar y subir el telón.

Tras el cantado divorcio de la pareja, lo que en el fondo había quedado entre aquella preciosa muchacha delgada, morena y que traía la felicidad, y yo, era un formidable poso de afectos, complicidades, de millones

de locos recuerdos, de una inmensa amistad. Hoy ella vive en Munich con un duque alemán y yo hace tres años me casé con Anita. Pues lo primero que hicimos ambas parejas fue darnos una cita en Bolonia. Fue un encuentro inolvidable para cuatro personas llenas de afecto y respeto. O sea que, de regreso a París y nada menos que en el legendario Bar Hemingway, donde el escritor norteamericano llegó horas antes que las tropas que liberaron aquella ciudad y se pidió más de un martini doble y muy seco, lo primero que hicimos Anita y yo fue reclamar nuestros martinis, muy secos y muy dobles... O también, por qué no, saltarnos a la torera todo este elegante homenaje al pasado, remontándonos a un pasado aún más remoto en mi vida parisina: el del bar de la X.

Quedaba este pequeño bistró frente al antiguo emplazamiento de la Escuela Politécnica y lo regentaba una señora que, desde hacía décadas, conocía la vida y milagros de cuanto alto cuadro de la administración francesa proviniera de aquella superelitista escuela. Y las bellezas de la gran burguesía francesa se reunían con sus futuros esposos y dirigentes de Francia en aquel local de tres por cuatro, en el que yo diariamente tomaba un par de copas de algún tintorro, leyendo o releendo las cartas de mi madre o de algún amigo del Perú. Vivía en la calle en que estaba la escuela, apenas a unos metros del bar de la X, donde *madame Marie* preparaba los más extraños *hot dogs* que se han visto en este mundo. Calentaba primero una pequeña y muy espigada torre Eiffel de metal, y mientras ésta se ponía al rojo vivo, cortaba un trozo de *baguette*, que luego ensartaba en el hierro encendido de su torre, creando en ella un largo agujero con capacidad suficiente para introducir una salchicha empapada en una mostaza altamente picante. Yo era un cliente asiduo del bar de la X y debo haberme alimentado a fuerza de estos extraños *hot dogs*, que además ella llamó *bizouths* y no *hot dogs*, durante por lo menos un par de años. Era el hambre, lo sé, pero, con dos o tres tintorros, me encantaban. Lo malo, claro, es que nunca llegaba a fin de mes con dinero en el bolsillo y entonces tenía que pedirle fiado a *madame Marie*. Nunca me lo negó, pero eso sí: cuando podía pagarle, podía también beberme botellas enteras de su tintorro, si lo deseaba, pero, cuando era ella la que fiaba, la cosa era muy distinta: fiel a una extravagante ética, *madame Marie*, que tanto vino vendía y cobraba diariamente, cuando fiaba, únicamente fiaba comida y unos aterradores vasos de una leche amarillenta que, decía ella, era argentina.



## Petite Parisian Mythology

Returning to a city in which you lived for many years is, invariably, a recipe for gastronomical melancholy. The Peruvian writer goes back to Paris where he stayed between 1969 and 1984 and, in his inimitable way—funny, nostalgic and affectionate all at the same time—he travels round the restaurants, bars, cafés, hotels and terraces that he frequented in the years between writing the novels *A World For Julius* and *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*. Quoting his good friend Enrique Vila-Matas, Paris, with Bryce Echenique, is never-ending.

**It was the fifth in a series of trips to France** and this time I proposed to Anita, my wife, that we put into practice our version of the idea that all things in life are relative. The scheme would consist of starting our visit to Paris at the most expensive hotel and in 12 days heading down to the cheapest ones I'd known in the 15 years I lived there. And the icing on the cake would be to combine this with eating at a contrasting level of restaurant each night, starting with a very modest Algerian couscous in some Latin Quarter dump, but finishing – why not – at no less than Le Grand Véfour, whose thousands of diners have included, a century and a half ago, the great Victor Hugo and, more recently, the immense Orson Welles.

Granted, I had to make some reservations months in advance, but it was worth taking all the precautions. The reward wasn't just dishes of the very highest quality made by the greatest chefs in both the historic Le Grand Véfour and the inimitable Lapérouse, with views of the Seine and the neighbouring Alma bridge, but also the spectacle that is attending a cigar lighting – for any customer who asks for it – by an expert. Amid all the sleight of hand and juggling, I really wouldn't know what to choose upon hiring this one-man smoking show who, after leaving one immense Havana perfectly lit, presents it to its owner and moves on to the next customer. All this happened to us in both Le Grand Véfour and the Lapérouse, and in both cases those who made the order were six men, without women, who never used the word 'money', but in whose conversation – a banal tale of pleasure trips that one was telling the others – I think I saw pass before my eyes, or at any rate my ears, all the gold in France. And perhaps this is the right moment to mention that in both the Lapérouse and in Le Grand Véfour, Anita and I were the only foreigners, as if access to these temples of the high-bourgeois *bons vivants* of Paris, and all of France, was blocked to tourists. Was I one of the exceptions, owing to the 20 years I lived in France, in both Paris and Montpellier? I didn't need any help to answer this question myself: "Perhaps, sir, if you were talking about 20 generations, yes, but..."

In the end we carried out the restaurant part of our scheme to the letter, but the hotel part we had to leave to the luck of the cards, because at least five hotels seemed to have become the best in Paris and three out of some ten really terrible ones without a doubt deserved the prize for poorest hotel in the City of Light.

Those cards led us to start at the Hotel des Grandes Ecoles, an old and cheap place in the Latin Quarter, near to Place Contrescarpe around which I lived, also for reasons of chance, for the 15 Parisian years of my life. Both Descartes and Hemingway lived around here, too, and would have made the most terrible neighbours – if they'd been contemporaries, of course. And, we couldn't complain, the hotel of my *heroic* years treated us very well – in terms of quality and price, that is. Which is to say that that first hotel treated us very cheaply well, and nothing else. And in the same way the second hotel we stayed in – extremely elegant, though not well situated (13 rue des Beaux-Arts, on the sentimental Paris map of my youth and most cherished memories) – treated us very expensively well, and also nothing else. Curiously, this elegant and original hotel – it doesn't have a single room, a single piece of furniture or a single curtain that looks even one bit like another – has for a name simply the word 'hotel', that's all, with just a capital 'H' and a definite article to turn it into hotel L'Hotel. In it languished, agonised and died Oscar Wilde, pariah of destiny, man, poet and playwright, who had fallen into complete disgrace having once been the darling of *all* London of his day – when, believe me, London was quite a lot more than it is now. And, contrastingly, when L'Hotel was very much less than what it is now. On the other hand, something or a lot must have improved in the hotel L'Hotel by the Forties and Fifties of the last century, when Borges stayed there with his mother every time he arrived in Paris.

Our cheapest hotel in Paris – a city in which there's something to suit all budgets, including those largely lacking – was by a random decision of the cards one situated lost at the end of the ancient Passage Jouffroy, where now vanished trades are practised, such as the pressing of expensively embroidered white sheets with irons, ancient as coal itself, of heated up metal and the tiniest of handles, in a world of great dirty windows, fleshy females of all



ages, bric-a-brac and organdy. In other words, a bygone age that completely contrasts with a neighbourhood where you'll find none other than the Paris stock exchange. Our hotel answered to no less a name than Chopin and in it could have lived Colette or Edith Piaf in their hardest years. The look of worn 18th-century eiderdown that leaned out at us through its dark windows made us stay there, paying a bargain price for a no doubt gloomy room with a bathroom that threatened to be even worse. At least that was what that ancient facade and that rickety, anaemic sign in a suspicious violet colour promised. But who would have dreamt it: a completely modern, and spotless, bathroom capped off the surprise of a really first-rate room, undermining all our certainties about the hotels of Paris.

But without doubt the best thing on that trip to Paris was my return, after years, to the Bar Hemingway, the place where the American writer arrived with 12 tough, dirty types of unspecified nationality to toast and celebrate the liberation of Paris at which they had arrived before the Allied troops themselves. Although André Malraux, another great spinner of yarns and also a writer and adventurer, claimed until the day he died that he'd arrived there before this snooping Yank, with no less than 24 dirty men at his command – all of them very French and very heroic, as you would expect. Anyway that was just the beginning, as on that historic, dirty-looking day they knocked back at least three dozen very dry double martinis at a bar which, though it wouldn't have occurred to anybody at the time, would one day bear the name of one of these dirty soldiers so eager to bend his elbow. Because tough guys don't dance, they retire smoking and swigging their big drinks upright.

I frequented the Bar Hemingway, night after night, 30 years before when I was still a young literature teacher. I spent thousands of hours of my adventure in the University of Paris with an 18-year-old girl – or perhaps younger, as it was then in France – which had started on the way out of my classes in the Faculty of Arts. I usually then went swimming in the campus pool, and this girl, called Sylvie, who had an interminably long compound surname, each part preceded by the preposition 'de', followed me and talked to me and, then, as we got out of the water, offered to take me back to my flat in the Latin Quarter in her car, which true to say back then, was something to be grateful for – the alternative was to take the filthy train that went from Nanterre to Saint-Lazare station, hop from there on to the Metro and make several other changes before reaching the Metro station nearest to my flat, in the horrible Place Monge.

There we dined and afterwards we went in her car to have martinis at the Bar Hemingway until very late. With dawn already breaking, after having knocked back a few in another three mythical Parisian bars: Harry's, where they invented the current Bloody Mary Buddhas; the Calavados; and the Rosebud, in rue Delambre in the heart of Montparnasse, plagued up to the present day by generations of Americans of every type and colour, attracted by the neighbourhood and the ambiguous and provocative name of the place... And, as I was saying, with dawn already breaking I accompanied Sylvie to a Bois de Boulogne mansion, and then went back to my flat in a taxi in time to prepare myself a nice glass of orange juice, some scrambled eggs and a triple coffee, which even enabled me to prepare my classes for that afternoon, before lying down to sleep. For years, several years, I don't remember having slept for more than three or four hours a day. "Like Sartre", my French colleagues used to tell me, famous for his thousand coffees a day in the Café de Flore or in Les Deux Magots, and just four hours of sleep a night.

But on one of those dawns they stopped me, and forbade me from going out with the girl of a thousand very long compound names. We didn't pay any attention, then one day when I was coming back to my house from the theatre the police threw me inside a sealed-up vehicle and the last thing I remember is a vicious bang on the head with a big bottle of red wine and then appearing 30-odd days later in a hospital in a far-off suburb. In the meantime she had gotten married to an Italian count.

After that we were never happier, because the count was a hunter and his and Sylvie's family had an agreement that she would spend the weekends in Paris so that the little count – who was a whopping two metres and seven centimetres tall, which no doubt enabled him to admire himself from far away (he was a true Adonis) – could hunt according to his fancy in Kenya or Ethiopia. That's to say come sundown every Friday my poor flat in the rue Amyot filled up with flowers and the party started, carrying on uninterrupted until early Monday morning, when I finally managed to grab a few hours' sleep followed by a reviving shower in the local public baths. Even though a married couple had been living in it, as well as raised three children there before me, and even though the husband was no less than a member of the Supreme Court of French Justice, that flat, ideally situated in the quietest and brightest street of the Latin Quarter, didn't have a single shower or bath. In fact it was me who, when faced with the fear of catching something from some not properly certified or, that's to say, disinfected public baths, managed

to create a portable shower exploiting the only tap in the flat – the one in the kitchen – and making use of a little metal hose, a plastic washbasin that overflowed because of a minor oversight, a rubber curtain and a complex system of pulleys in order to raise and lower the curtain.

After the couple's unsurprising divorce, which at its heart had been between that beautiful, slender brunette girl who brought happiness and me, what remained was a wonderful deposit of affections, complicities, of millions of crazy memories, of an immense friendship. Today she lives in Munich with a German duke and I married Anita three years ago. The first thing that both of us couples did was to arrange a meeting in Bologna and enjoy ourselves like never before. It was an unforgettable encounter for four people full of affection and respect for each other. So on returning to Paris and in none other than the legendary Bar Hemingway, where the American writer arrived hours before the troops who liberated that city and ordered himself more than a very dry double martini, the first thing Anita and I did was claim our very dry, very double martinis... And why don't we, too, throw all this elegant tribute to the past to the winds, and soar off to an even more distant time in my Parisian life: that of the bar X.

This small bistro was situated opposite the old site of the Escuela Politécnica and was run by a woman who for decades had known the life and miracles of every high-ranking official of the French administration who came out of that highly elitist school. And it was here on these premises of three metres by four metres, where I daily drank a couple of glasses of cheap red, reading or rereading the letters from my mother or a friend from Peru, that the beauties of the French high bourgeoisie got together with their future spouses and leaders of France. I lived in the same street as the school, just a few metres from bar X, where Madame Marie prepared the strangest hot dogs I've seen in the whole world. She first heated a small and slender Eiffel Tower of metal, and, while it was getting red hot, cut a piece of baguette, which she threaded on to the heated iron of the tower, creating in it a hole large enough to introduce a sausage soaked in fiery mustard. I was a regular customer of bar X and must have lived off on these strange hot dogs – which she called *bizouths*, not hot dogs – for at least a couple of years. I know it was my hunger, but with two or three glasses of cheap red, I loved them. The bad thing, of course, was that I never reached the end of the month with money in my pocket and so I had to ask Madame Marie for credit. She never said no, but that said: when I could pay her, I could also drink whole bottles of her cheap red if I desired, but it was very different when she was giving credit: faithful to an extravagant ethic, Madame Marie, who sold so much wine and made so much money every day, only gave credit for food and a few terrifying-looking glasses of yellowy milk, which she said was Argentinian.